

Idioma y nacionalismo en Galicia en el siglo XX: Un desencuentro histórico y diversos dilemas en el futuro

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

En el artículo se analizan las relaciones entre el desarrollo del movimiento nacionalista en Galicia y las actitudes lingüísticas del mismo, comprendiendo tanto sus propuestas de normalización como sus opciones en cuanto a la posible normativización del idioma. En este sentido, se analiza sobre todo la polémica existente dentro del nacionalismo gallego alrededor de la aceptación o no de la normativa oficializada por el Gobierno autónomo desde 1982, y las razones de la existencia de varias propuestas alternativas. Las claves de esta situación, más allá de los argumentos filológicos de cada corriente, se hallan ante todo en la cultura política forjada por el galleguismo político desde el Franquismo, los dilemas acerca de la relación con el estándar portugués desde principios del siglo XX, y la mayor o menor radicalidad en la afirmación nacionalista, que lleva a cultivar el diferencialismo con mayor o menor fruición. Y, a su vez, tiene un correlato en las actitudes hacia el idioma fomentadas por la cultura política del nacionalismo actual. Sin embargo, existe una cierta falta de correspondencia entre esos debates y las actitudes lingüísticas de la mayoría de la población gallega.

La relación entre el idioma «que hablan los gallegos» y el nacionalismo gallego se ha caracterizado desde los orígenes de este movimiento en el siglo XIX por su peculiar arritmia evolutiva. Por un lado, Galicia sigue siendo la Comunidad Autónoma del Estado español en la que, aparentemente y según las encuestas, con mayor fuerza y vigorosidad se conserva el conocimiento y comprensión del idioma propio (entre 80 y 90% según las estimaciones). Sin embargo, la

situación sociolingüística a largo plazo presenta síntomas inquietantes, debido a la constatada pérdida intergeneracional de hablantes de gallego como primera lengua o familiar, que en las generaciones menores de 30 años en los medios urbanos pierde la primacía frente al castellano.

Es ya tópico afirmar que en Galicia la conciencia lingüística diferencial y la politización consciente de esa conciencia (léase: menor arraigo de la conciencia nacionalista) es menor que en Cataluña o incluso que en Euskadi. Aunque el principal rasgo definidor de qué es un gallego se sigue cifrando por la mayoría de la población en la posesión de una lengua propia, la conciencia de diferencialidad existente no se traduce políticamente en conciencia nacional gallega de modo mayoritario (López Aranguren/Beltrán, 1994: 169-90; Bouza, 1997). Ello condiciona la relativamente escasa fuerza social de la demanda de normalización lingüística, que fuera del campo de influencia del nacionalismo tiene una presencia débil. Y, de hecho, la reivindicación consecuenta de la normalización lingüística no es asumida por los partidos estatales, más allá de sectores minoritarios o pronunciamientos y actitudes litúrgicas, la postura quizás predominante.

Este hecho es acompañado, paradójicamente, por la constatación de que la conciencia diferencial/nacional ha crecido considerablemente en la década de los 90 en Galicia, particularmente entre la población joven en medios urbanos y semiurbanos, auténtico sostén del crecimiento electoral del Bloque Nacionalista Galego (BNG) en los últimos seis años ¹. Sentirse más gallego y votar nacionalista, sin embargo, no ha implicado una recuperación masiva del número de hablantes de gallego en zonas urbanas entre población joven que compense la pérdida intergeneracional del gallego como lengua inicial, aunque el número de neohablantes se sitúe, según las diferentes evaluaciones, entre un 2 y un 5% de la población gallega, y el 90% de la misma declara ser competente en el dominio del idioma ².

Más sorprendente aún es el hecho de que el crecimiento social y electoral del nacionalismo político no se traduzca en un incremento más o menos equivalente de la fuerza de las organizaciones y movimientos sociales en favor de la plena normalización lingüística del idioma gallego. El BNG ha obtenido en las elecciones autonómicas de 1993 268.248 sufragios (18,8% de los votos válidos emitidos), y 219.043 en las generales de 1996 (13,01%). Cuenta con una base militante de aproximadamente 6.000 afiliados (aunque esta última cifra es aproximativa, ya que la organización no hace públicos sus datos de afiliación), relati-

¹ Vid. Beramendi/Núñez, 1996, 306-14; Sabucedo *et al.*, 1992, 25-31.

² Para la disminución de hablantes de gallego como lengua inicial entre las generaciones más jóvenes, particularmente en zonas urbanas, vid. RAG, 1994, 1995.

vamente baja en relación con su número de sufragios, algo reconocido incluso por la ponencia política de la VII Asamblea Nacional del BNG en Ferrol, diciembre 1995 (BNG 1995: 9). Por otro lado, la fuerza y arraigo social del principal y más dinámico movimiento cívico en defensa del idioma gallego, la *Mesa pola Normalización Lingüística* (MNL) fundada en 1986, se cifraba en noviembre de 1996 en 2.907 socios, cifra estable desde 1994, de los que cotizaban regularmente 2.284³. Y en la provincia de Ourense, que cuenta con un 12,48% de votos nacionalistas en las últimas elecciones generales (1996), la campaña promovida por la misma organización y otras entidades en favor de la galleguización del topónimo provincial y la sustitución del preceptivo OR en las matrículas automovilísticas por OU, campaña semejante a la de hace unos años por el GI en la provincia de Girona, ha hallado hasta ahora un eco comparativamente más débil, aunque en absoluto insignificante: el número de pegatinas con OU vendidas para poner en los coches ha sido de menos de un 7% del parque automovilístico de la provincia.

Lo mismo se podría afirmar de otros campos cruciales para la normalización social del idioma. Aunque la MNL ha cosechado éxitos en algunos ámbitos: distribución de carteles comerciales en gallego para anunciar rebajas, campaña contra la denominación castellana del topónimo Arousa por parte de un modelo de la compañía automovilística SEAT, etc., sólo en 1996 fue capaz de coordinar una organización de padres de alumnos en defensa del derecho de sus hijos a recibir educación primaria en gallego. Este derecho está reconocido y amparado por la Ley de Normalización Lingüística de Galicia, pero es incumplido sistemáticamente por el Gobierno autónomo, caracterizado por su tibieza en política lingüística y su escasa dotación presupuestaria en este aspecto⁴.

Pero la pasividad parece no afectar sólo a la Xunta y los partidos «estatales», desde el PP a la variante gallega de Izquierda Unida. El presidente de la MNL, Xosé Manoel Sarille, ha llegado a acusar en varios artículos a los propios militantes nacionalistas de falta de constancia y de poca concienciación en la defensa de la normalización lingüística⁵. Y el filólogo Antón Santamarina exponía

³ «Situación A Mesa-Sócios», *ReMesa. A Mesa informa*, noviembre 1996, p. 2.

⁴ Vid. el informe de gestión de la MNL en *ReMesa. A Mesa informa*, marzo 1997, 2-3. Sobre la eficacia de la política lingüística de la Xunta de Galicia, caracterizada por la gran desproporción entre principios teóricos orientadores y voluntad política —incluyendo medios técnicos y presupuestarios— de llevarlos a la práctica existen multitud de denuncias. Incluso personalidades, instituciones y congresos sin sospecha alguna de sectarismo, como el congreso internacional *A lingua galega: historia e actualidade*, celebrado en Santiago de Compostela en septiembre de 1996, constataron fehacientemente el fracaso de la política oficial de la Xunta en el terreno de la normalización lingüística. Vid. también X. M. Sarille, «As contas da Lei de Normalización doce anos despois», *Cadernos A Nosa Terra*, 21 (1996), 25-27, y Alonso Montero, 1991.

⁵ X. M. Xarille, «O idioma como anécdota», *A Nosa Terra*, n. 722, 17-4-1996, p. 7.

en 1994 que la desproporción entre presencia del idioma gallego en diversas manifestaciones de la sociedad civil y el teórico porcentaje de nacionalistas según los resultados electorales es alarmante, para lo que tomaba como indicadores, entre otros, algunos tan expresivos como el escaso 3% de esquelas publicadas en gallego en los periódicos (Santamarina, 1995). Poco después del éxito del BNG en las elecciones autonómicas de octubre de 1993, el propio semanario nacionalista y muy vinculado al BNG *A Nosa Terra* se hacía eco de la paradoja de que los votantes de la organización frentista fuesen en buena parte castellano-hablantes de la ciudad, en los que la etnicidad objetiva había perdido presencia, pero que a través de nuevas formas de expresión y en respuesta a nuevos problemas sociales reafirmaban su identidad gallega:

*«Din que con cada vello que morre, pérdese unha novela. En Galiza morre tamén un falante de galego, un probábel votante do PP ou do PSOE, un pensionista, un que espera que o cacique lle dea traballo ao neto antes de que se lle meta na droga, un que nunca fala da guerra pero que leva na memoria o arrepío de ver ao curmán fusilado, deitado na cuneta. Con cada mozo, en cambio, nace un falante do castellano, alguén que pasará tres horas diárias diante da televisión, un rapaz que xa non fala dos Reis Magos, pero que viu a Papá Noel no Corte Inglés, un afeizoado de Magic Johnson e Beбето, un futuro parado, un probábel votante do BNG.»*⁶

Naturalmente, es conocido de todos los investigadores sobre nacionalismo que no existe necesariamente una relación directa entre etnicidad objetiva y nacionalidad subjetiva, y que la conciencia de la segunda puede aparecer cuando los rasgos definidores de la primera han desaparecido, en parte porque es entonces cuando los actores sociales se movilizan en su defensa. El nacionalismo es, en nuestra opinión, un constructo, una opción político-ideológica que articula identidades preexistentes y las redefine en otras nuevas dotándoles de una dimensión política, que busca la legitimación del poder y la atribución de soberanía a un colectivo determinado definido como nación por los propios actores, pero que en ningún momento es directamente equiparable a identidad colectiva. Para los propios nacionalistas, sin embargo, constatar este hecho constituye muchas veces motivo de perplejidad. Pero que dentro del nacionalismo gallego se esté dando este fenómeno, cuando desde 1916 el galleguismo se caracteriza por la defensa irrenunciable del idioma propio, del monolingüismo en gallego y

⁶ «Volver ao rego», *A Nosa Terra*, n. 592, 21-10-1993, p. 28.

la consideración de la lengua como cerne de la nacionalidad (Monteagudo, 1995) es cuando menos paradójico. Lo que lleva a plantearse una cuestión obvia ¿Qué ocurre?

No existe, desde luego, un factor monocausal. En buena medida, la dinámica de asimilación cultural, la irrupción de la modernización en una Galicia predominantemente rural desde los años 60, y la progresiva despoblación del campo frente al aumento de población joven concentrada en los núcleos urbanos, tradicionalmente más castellanizados, han avanzado vertiginosamente (Alonso Montero, 1973; Santamarina/Fernández Rei, 1992). El ámbito rural, reducto durante siglos del monolingüismo en gallego, pierde importancia demográfica y económica de modo progresivo, con lo que más de un observador alerta sobre el riesgo de irlandesización, es decir, que crezca el nacionalismo político pero fallezca el idioma.

En nuestra opinión, y sin negar lo anterior, la explicación a esta paradoja ha de buscarse también en la existencia de una suerte de desencuentro histórico entre el nacionalismo gallego, su propuesta lingüística y la conciencia idiomático-lingüística de los gallegos. Lo que ha producido a lo largo del siglo xx hasta tres fenómenos correlativos, que interactúan mutuamente:

a) La falta de acuerdo dentro del propio nacionalismo acerca de la propuesta normativa a adoptar para el idioma gallego, existiendo cuando menos tres diferentes posturas, algunas de ellas subdividibles también en dos o tres, como se verá más adelante.

b) La escasa consolidación de un mercado cultural en gallego, que aún hoy sigue siendo muy dependiente de la demanda de libros de texto y de lecturas obligatorias en la enseñanza primaria y secundaria. Lo que obliga a tiradas reducidas, voluntarismo y falta de debate tanto en el ámbito literario como en el más amplio de la producción publicística. El libro gallego vende poco, lo que ha hecho a algunos analistas dudar incluso de que el lector en gallego exista fuera de un público militante de activistas nacionalistas y profesionales de la enseñanza. El número de libros publicado en gallego en el período 1980-89 fue de 3.065, el 0,90% de los libros publicados en todo el Estado español en esos años; mientras los libros en euskara totalizaban 4.069 (un 1,20 %) y los libros en catalán llegaban a 31.357 (un 9,3 %) ⁷. Sólo a partir de 1995 el número anual de libros publicados en gallego superaba al de libros en euskara, dato de

⁷ Pueden consultarse los trabajos de González-Millán, 1994, para el caso de la literatura, así como, para el tema más amplio de la creación y consolidación sólo relativa del mercado cultural, Cabrera, 1994. Los datos están elaborados a partir del cuadro reproducido en Cabrera, 1994, 29.

por sí bastante elocuente. Junto a ello es de reseñar la debilidad de la prensa periódica en lengua gallega: hasta enero de 1994 no se contó con un periódico diario en gallego, *O Correo Galego*, sostenido gracias a las subvenciones del Gobierno autónomo y confeccionado en realidad como una suerte de suplemento reducido de la edición castellana del periódico local de Compostela *El Correo Gallego*; y la prensa local, auténtico reducto y bastión del uso del euskara y del catalán tanto en el País Vasco como en Cataluña, no tiene una importancia comparable en Galicia, aunque más del 60% de la misma se redacta íntegramente en gallego, contándose dentro de este grupo cabeceras de prensa muy asentadas y difundidas (Valcárcel, 1994; López, 1992). En el resto de la prensa diaria, el porcentaje de noticias y artículos en gallego se situaba en 1993 en un 5,29% (Hermida, 1994: 77).

c) El hecho de que, especialmente en los últimos veinte años, en Galicia se asiste a un triple proceso de diferenciación: la persistencia de la valoración social subordinada o negativa del «gallego popular»; la irrupción de un «gallego oficial» encarnado por las instituciones autonómicas y los medios públicos de comunicación en gallego desde 1980; y la persistencia del código culto, dividido en diferentes normativas y hasta en varios códigos de «diferencialismo» lingüístico-político dentro del nacionalismo gallego⁸. Entre las tres concepciones existen a su vez varias zonas de contacto. Para el nacionalismo gallego actual, no obstante, el idioma sigue siendo un valor central tanto de su discurso ideológico como de su propuesta de construcción de identidad.

¿Hasta qué punto ha resuelto las contradicciones heredadas del pasado? En este artículo se pretende ofrecer una panorámica histórica y actual en la que se sugieren algunas interpretaciones, aunque, por mor de la brevedad de espacio, no se profundizará en todos y cada uno de los aspectos en aras de una perspectiva integrada.

I

El nacionalismo gallego consideró desde su fase «regionalista» (tercer tercio del siglo XIX) y las obras de sus primeros teóricos al idioma gallego como un factor genético en la creación de una nacionalidad objetiva, sobre todo a partir

⁸ En este sentido, recogemos la propuesta de Kabatek, 1996b, según la cual en el gallego actual se está produciendo un proceso de «diferenciación diafásica interna». Pero ese proceso a su vez depende de condicionantes internos de índole político-ideológica en buena parte de los casos, que impregnan las motivaciones de los actores lingüísticos.

de la década de los 60 del siglo pasado, cuando se produce el denominado *Rexurdimento* literario, íntimamente ligado «aunque no idéntico» al desarrollo de un discurso de afirmación galleguista a través de diferentes etapas. La incorporación del idioma gallego como elemento constitutivo de la etnicidad diferencial del país y con reivindicación expresa de su uso oficial, difusión social y cultivo literario, sin embargo, no aparece en el galleguismo político de modo expreso hasta finales del siglo XIX, a partir de las teorizaciones de Manuel Murguía, quien situaba al idioma como punto central de afirmación y definición nacional (Beramendi/Núñez, 1996: 37). Pero, aún así, las publicaciones galleguistas no lo usaron de modo exclusivo, sino que tendían a dejarlo para las colaboraciones literarias; y buena parte de los galleguistas, de extracción urbana y de clase media-alta y alta, se relacionaban en castellano. Sin embargo, surgen algunas publicaciones periódicas en gallego con irregularidad, de la que la más importante es *O Tío Marcos d'a Portela* en Ourense, así como otras menores (Hermida, 1992).

El salto ideológico del regionalismo al nacionalismo que se produce entre 1916-18, con la aparición de las *Irmandades da Fala*, supone también la irrupción del uso público del gallego como reivindicación básica del galleguismo político, que pasará a usar casi exclusivamente el gallego en sus publicaciones, propaganda política oral y escrita y producción literaria y científica. En este último aspecto, los frutos fueron bastante notables en el campo de la creación literaria y del ensayo científico: la revista orensana *Nós*, la labor a partir de 1923 del Seminario de Estudos Galegos, etc. Lo que se traduce también en la consolidación relativa de una prensa periódica no diaria en gallego, fundamentalmente representada por el principal portavoz nacionalista, *A Nosa Terra*, que se mantendrá con periodicidad variable hasta 1936 (Beramendi 1990), la multiplicación de obras literarias y de ensayos, y el empleo público por parte de los militantes nacionalistas del idioma gallego en la esfera pública, corporaciones municipales, actos y mítines políticos, etc., y como medio exclusivo de relación social. El número de libros publicados en gallego entre 1915 y 1936 ascendió así a un total de 336, entre ellos 68 ensayos, 115 libros de poesía, 58 obras de teatro y 95 novelas. Aunque seguía siendo mayor el número de poesías, típico género cultivado por las lenguas minorizadas en situación diglósica, aquél ya no llegaba al 35% del total, y el ensayo científico ocupaba más de un 20% de la producción en gallego⁹.

A partir de ahí, el nacionalismo gallego llevará a cabo una elaboración de un estándar lingüístico y de una alta cultura que mostrará notables signos de desen-

⁹ Datos globales en Monteagudo, 1995. 439.

cuentro con la vaga y poco definida pero existente noción de «gallego común» y con los usos más populares del idioma. Distancia que se agrandará durante los años 20 y 30, debido al retraso en proceder a la elaboración de una normativa (inexistente antes de 1936) y por las dudas a la hora de relacionar el gallego con el «hermano mayor» portugués. Se trata de una etapa que algunos especialistas denominan de predominio del gallego diferencialista y *enxebrista*, y que estuvo marcada por el inicial fracaso de la Academia Gallega, constituida en 1905 con subsidios de la comunidad gallega en Cuba, en elaborar unas normas ortográficas y un corpus léxico depurado del idioma: la Academia no pasó de publicar varios fascículos de un inconcluso *Diccionario Gallego-Castellano* (1913-1928), interrumpido en la letra C¹⁰.

Ahora bien, en esta etapa, particularmente a partir de los años 20, es indudable que se avanza en la consolidación de una lengua literaria, se empieza a generalizar un gallego para la publicística política, y se difunde algo más el uso del idioma propio en actos públicos, aunque siempre en clara desventaja respecto al castellano. Sin embargo, los avances seguían limitados en la práctica al mundo del galleguismo político, representado desde 1931 por el Partido Galeguista (PG), partido que experimentó una dinámica de fuerte crecimiento social en los años 30 (Beramendi/Núñez, 1996: 143-64). Sólo secundariamente utilizaban los demás partidos y organizaciones republicanas el gallego en su propaganda oral. De modo que a partir del 18 de julio de 1936 los avances conseguidos fueron barridos por la victoria en el país en pocos días de las fuerzas sublevadas, frustrando la posibilidad de que el gallego fuese declarado idioma cooficial con la puesta en práctica del Estatuto de Autonomía refrendado en junio de 1936. Dentro del bando franquista existían algunos sectores, muy minoritarios, partidarios de seguir conservando el gallego como lengua literaria y de uso popular (Rodríguez Fer, 1994), y algunos intelectuales galleguistas como Álvaro Cunqueiro se pasaron por convicción ideológica a los sublevados. Pero lo cierto fue que el idioma gallego entró en una fase de silencio oficial y persecución más o menos soterrada, que no necesitó ser tan pública y notoria, consciente si se quiere, como en los casos catalán y vasco, pero que fue igualmente efectiva (Núñez Seixas, 1994b).

¹⁰ Vid Monteagudo, 1995 y Monteagudo/Fernández Salgado, 1995. Sólo en 1933 el Seminario de Estudios Galegos publicó un esbozo de una normativa, con una addenda en 1936, que fue adoptada de modo más o menos oficial por el PG y su órgano oficial.

II

Las difíciles circunstancias de la posguerra no permitieron resolver ese dilema, reforzando la fijación de dos mundos para el idioma gallego, dos códigos de valoración social diferenciados (el gallego culto de los galleguistas y el de las clases populares) que continuaron existiendo durante los años de la transición y consolidación democráticas.

Por un lado, en el exilio continuó cultivándose el idioma gallego en la prensa política y en la literatura. Sobre todo, fue mantenido por los núcleos nacionalistas existentes entre las colectividades gallegas de América y por el aporte de los exiliados, que dieron lugar a varias revistas, órganos políticos y a una notable actividad cultural. Sin embargo, el apoyo a la cultura en idioma gallego era cosa de los galleguistas y de pocos más: sólo los comunistas incorporaron, no sin contradicciones ni renuencias, parcialmente el galleguismo a su cultura política, mientras el resto del antifranquismo gallego fue sumamente pasivo en este aspecto. Las instituciones y centros mutualistas gallegos de América, pese a conservar por bastante tiempo la llama del republicanismo y la reivindicación para Galicia de cuando menos el estatuto de autonomía plebiscitado favorablemente en junio de 1936, no tenían en casi ningún caso el gallego como idioma oficial, y sólo lo empleaban litúrgicamente y en ocasiones solemnes. De ahí que fuese imposible completar la necesaria normativización y normalización social del idioma gallego desde América. Es más, los escritores gallegos del exilio, y en general los escritos políticos y publicísticos de la época que media entre 1940 y 1970 se caracterizan por una creciente tendencia hacia el diferencialismo, el abuso de vocablos diferencialistas o arcaizantes *hiperenxebrismos* y la anarquía normativa y ortográfica, siendo la obra doctrinal magna de Alfonso R. Castelao *Sempre en Galiza* (Buenos Aires, 1944) quizás una excepción por su cuidada elaboración lingüística (Monteagudo, 1992). La producción cultural del exilio fue importante cualitativamente en cuanto sirvió para mantener el legado de la tradición política galleguista de anteguerra. Sin embargo, encontró numerosos problemas para asentarse sobre un mercado cultural que en buena parte era inexistente: de ahí la inestabilidad frecuente de las empresas editoriales, la falta de ventas de los libros que atenazaban cualquier posibilidad de consolidar una producción cultural mínimamente viable, y el frecuente recurso tanto a las reediciones de clásicos como a la edición de libros en español sobre temas gallegos, destinados sobre todo a un público sudamericano o de hijos de emigrantes gallegos (Núñez Seixas, 1994a). En el exilio, por lo demás, no se daban condiciones político-institucionales mínimas para que tuviese lugar una adecuada estandarización del idioma.

Por otro lado, en el interior de Galicia la situación no era mucho más halagüeña. Pero se fueron dando pasos en la dirección de lo que Monteagudo y Fernández Salgado han denominado la elaboración de una lengua protoestándar. Durante los años 40 se publicaron sólo unos pocos libros en gallego. Y ante la certeza de que el Franquismo no iba a caer, desde 1946-47 circularon planes entre los galleguistas supervivientes para fundar una editorial que únicamente publicase en idioma autóctono y se convirtiese en una suerte de cobertura legal para el mantenimiento de la memoria del galleguismo político, aunque bajo una vestimenta inocua, aprovechando la limitada tolerancia del Régimen frente al uso literario de las lenguas periféricas. Después de varias iniciativas aisladas, en julio de 1950 tuvo lugar la fundación de la editorial Galaxia, con sede en Vigo, de cuyo consejo editorial formaban parte figuras supervivientes que habían militado en el PG o en sus juventudes con anterioridad a 1936. La empresa fue costeada por un máximo de 100 accionistas y las donaciones de algunos empresarios simpatizantes con el nacionalismo gallego: era toda la «burguesía galleguista» que por entonces existía en el país (Fernández del Riego, 1996). La presencia de la nueva editorial fue muy importante cualitativamente, y bajo la batuta entre otros de Ramón Piñeiro, antiguo militante de las juventudes del PG y encargado de actividades políticas clandestinas en los primeros años 40, Galaxia se concentró en la edición y difusión de obras de calidad literaria y ensayística. En ellas, el idioma gallego se legitimaba intelectual y socialmente a través de su uso en ensayos filosóficos —por ejemplo, una traducción de Heidegger directamente del alemán—, históricos, etc. Lo que despertó las iras de la censura franquista, que en 1953 impidió la salida de la revista *Grial*, pero que no pudo acallar totalmente la labor de los galleguistas del interior. A partir de 1962, la censura fue algo más benévola con la publicación de libros en idioma gallego, y *Grial* pudo recomenzar su andadura. La distribución de libros gallegos se hacía normalmente a través de redes personales, por vínculos políticos «fieles», ya que la mayoría de las librerías rechazaban el distribuir unos libros que se vendían poco y sólo causarían problemas. Pero, de hecho, el problema principal fue que no se consiguió, debido a las diferencias políticas con los galleguistas del exilio, el establecer un puente con América y el crear un mercado en Ultramar para el libro gallego. Con todo, y pese a todas las dificultades, la labor de Galaxia fue fructífera cualitativamente, y su continuidad institucional dotó al galleguismo sobreviviente de un punto de referencia grupal y organizado. La producción de libros en gallego desde 1950 aumentó perceptiblemente, aún sin llegar al nivel de la de obras en catalán, y la literatura en gallego conoció una resurrección, con nuevos escritores que fueron llegando a su madurez en los años 60 y 70 (Tarrío, 1995).

Pero varios problemas continuaban pendientes. El primero, y más obvio, era que la brusca interrupción de la expansión de la base social del nacionalismo gallego en 1936 había dejado reducido el espectro social de influencia de la cultura gallega a unos cientos de activistas, simpatizantes o militantes, en su mayoría localizados en los núcleos urbanos. Con ello, no se podía dar el paso a una forma de divulgación del idioma más popular o de más proyección social, como por ejemplo la fundación de una red de escuelas privadas en los años 60, como sí tuvo lugar en Euskadi. En segundo lugar, ya en los años del Franquismo tuvo lugar una cierta diferenciación entre la cultura gallega «oficial», tolerada por el Régimen y representada en la Real Academia Gallega, institución que seguía usando mayormente el castellano en sus actos y reuniones y en la que eruditos e intelectuales sin ningún compromiso con el idioma gallego ostentaban la primacía, y el circuito cultural nucleado alrededor de Galaxia. Una consecuencia de ello fue que la inoperatividad de la Real Academia Galega, juntamente con la herencia anterior a 1936, hizo sumamente problemático el poder afrontar en condiciones una estandarización definitiva del idioma gallego. En los años 50 se registraron varias iniciativas en contacto con filólogos alemanes y portugueses, por ejemplo y en los años 60 los galleguistas «históricos» intentaron convencer a la Academia de la urgencia de elaborar una norma comúnmente aceptada que fijase un idioma de cultura y acabase con la anarquía gráfica imperante (Freixeiro Mato, 1993). En realidad, aunque confusa y balbucientemente, se estaban dando pasos en la consolidación de un «protoestándar», en buena parte basado en la tradición literaria ya existente, cada escritor, cada ensayista y cada autor seguía escribiendo el idioma gallego a su manera, siguiendo su dialecto y su instinto.

Todo ello se proyectó en los debates alrededor del idioma. En el proceso de socialización política de los jóvenes galleguistas bajo el Franquismo, fuese bajo la órbita de influencia del grupo «moderado» de Galaxia o bajo el influjo de las nuevas organizaciones nacionalistas de izquierda que van a tomar el relevo del viejo PG en los años 60 (Unión do Pobo Galego [UPG], Partido Socialista Galego [PSG], etc.), la fidelidad al idioma gallego, el monolingüismo y el compromiso cultural seguían siendo elementos irrenunciables, transmitidos desde la generación anterior a 1936 ¹¹. En este sentido, y contrariamente al caso vasco, no fue necesaria una reelaboración del legado doctrinal nacionalista que confiriese un papel

¹¹ Así lo corrobora el testimonio de un miembro de la generación universitaria galleguista de los difíciles años 50: no se trataba de que los jóvenes galleguistas hablasen en gallego, ya que así lo hacían en el medio universitario la mayoría de los estudiantes procedentes del rural, sino que «o que o común da xente refugaba, nuns casos, e non comprendía noutros, era que o fixémos en serio, que en gallego, e da maneira máis natural. Falásemos de Kafka ou de Faulkner, de Europa ou de política, de Dereito Romano ou de Filosofía» (Franco Grande, 1985, 32).

central al idioma, sino que la tradición continuó. No existía ninguna diferencia ostensible en esa cuestión entre los jóvenes nacionalistas de izquierda políticamente más radicales y los llamados «galeguistas históricos», buena parte de los cuales se hallaba bajo el influjo de las teorías de Ramón Piñeiro. Según éste, el galleguismo había de renunciar al nacionalismo y al postulado de la autodeterminación y debía intentar recuperar y mantener la personalidad cultural del país, influyendo en los partidos y corrientes políticas del futuro y apostando por el federalismo europeo. En la obra emblemática de Ramón Piñeiro, la recopilación de escritos *Olladas no futuro* (1974), el papel central de la lengua en la preservación de la *esencia* de Galicia no admitía ninguna duda, y, aunque no usase el término, implicaba que el idioma confería al país un *Volksgeist* específico:

«A lingua ven ser a alma viva do pobo que a fala, ven ser a súa comunidade esencial. Entre tódolos factores de natureza comunal que gobernan a vida social, a lingua é o máis espontáneo, o máis íntimo e tamén o máis común e duradeiro» (Piñeiro, 1974: 32).

Por lo tanto, el galleguismo podía hacer concesiones políticas, pero nunca renunciar al idioma como elemento central de su discurso sobre la identidad diferenciada de Galicia. La plena normalización lingüística del país era un punto común, y para nada se preconizaba, al menos en teoría, el bilingüismo, ya que era convicción general que éste sólo garantizaría a largo plazo la preponderancia del castellano. Si para Ramón Piñeiro el idioma gallego tenía que conquistar las ciudades como único modo de garantizar su supervivencia futura, como ya apuntaba en un escrito de 1970 (Piñeiro, 1974: 238-39), la UPG se inclinaba clara y decididamente por el monolingüismo en gallego en su primer programa político conocido, de 1964: *«O idioma oficial de Galiza será o gallego, de ensino obrigatorio»*¹².

El papel central del idioma dentro de la definición de la nación gallega por los nacionalistas continuó vigente con plena fuerza en lo sucesivo, a lo que se añade una conciencia agónica de lucha por su existencia frente a la opresión histórica y colonización cultural de Castilla primero y de España después: de ahí que el nacionalismo gallego de izquierda desde los años 70 hable con preferencia de la existencia de un conflicto lingüístico (Rodríguez, 1991; Rodríguez/López Suevos, 1978). Pero dentro de la comunidad galleguista, la veneración por el idioma tuvo un efecto hasta cierto punto paradójico: la falta de normas aceptadas por todos y las circunstancias de clandestinidad y fidelidad a las

¹² Citado en Beramendi/Núñez, 1996, 212.

organizaciones políticas propias del período final del Franquismo llevó inevitablemente a una identificación entre idioma y militancia, y por lo tanto a una paralela entre pureza lingüística y pureza nacionalista. Los comportamientos sectarios en la cultura política del nacionalismo gallego desde los años 60 se transmitieron también, en buena medida, a las actitudes hacia el idioma. Lo que tendrá consecuencias posteriores.

Los intentos más continuados de normativización del idioma gallego tuvieron lugar a partir de 1966, y desde esta fecha hasta 1982 tendrá lugar una proliferación «de las mil y una normativas» (Kabatek, 1994: 163). En 1966, el galleguista histórico y profesor de literatura y lengua gallegas en la Universidad compostelana (el gallego se incorporó como asignatura en la Licenciatura de Románicas en los primeros años 60) Ricardo Carballo Calero publicó una Gramática elemental del gallego común, donde ya se contenían algunas propuestas ortográficas, que se apoyan en la tradición escrita del gallego literario, si bien con gran influencia (acentuación, etc.) del estándar castellano. A partir de entonces se sucedieron varias propuestas, y comenzaron a plantearse las raíces de lo que iba a ser un problema adicional: la relación con el idioma portugués, y la tentación de confundir gallego y portugués en un mismo sistema lingüístico, lo que ya tenía algunos precedentes en la relación, bastante contradictoria, entre el nacionalismo gallego y Portugal con anterioridad a 1936 (Núñez Seixas, 1993; Torres, 1995). La identificación, o cuando menos el acercamiento notorio al portugués por parte de varios sectores del nacionalismo gallego, se convirtió en un factor de diferenciación cuya trascendencia simbólica (la voluntad de diferenciación consciente respecto del castellano, y por lo tanto la negación más radical de la españolidad de Galicia) supera con mucho, a mi parecer, a la mera voluntad científica más o menos fundada de sus defensores y detractores.

Con todo, desde finales de los años 60 la situación cambia lentamente. En principio, por el mayor clima de tolerancia oficial, en particular desde la promulgación de la Ley General de Educación de 1970, en la que incluso se recogía tímidamente la posibilidad de tolerar la enseñanza de idiomas diferentes al castellano en el sistema educativo estatal. Pero también por la mayor efervescencia de la oposición política de signo nacionalista, particularmente de la UPG y del PSG, a los que se une una galleguización cultural, muchas veces superficial pero al menos simbólicamente efectiva, de la izquierda estatal operante en Galicia (Fernández Rei, 1990). Una de las vías de actuación del nuevo nacionalismo izquierdista consistió, precisamente, en la promoción de asociaciones culturales de base, de las que surgieron decenas en todo el país, y que contribuyeron no sólo a la captación de nuevos militantes, sino también a la difusión de la cultura gallega en zonas urbanas, en las que el uso cotidiano del idioma gallego des-

cedía considerablemente (Beramendi/Núñez, 1996: 216). Por otro lado, no menos importante fue que el proceso de normativización y fijación de estándar del idioma gallego pasó a estar de modo creciente en manos de profesionales de la lingüística y en instituciones creadas con ese fin. En un principio, ese papel no correspondió tanto a la Real Academia Gallega, pese a que inició una labor más activa en ese sentido, como a la Universidad, y sobre todo al *Instituto da Lingua Galega* (ILG), creado en 1971 como instituto universitario y supradepartamental a cuyo frente se situó el catedrático asturiano de filología románica formado en Alemania Constantino García ¹³.

III

La transición y consolidación democráticas determinaron el comienzo de un nuevo período, en el que se puso en marcha un régimen autonómico en Galicia, gracias a su reconocimiento en la Constitución de 1978 como «nacionalidad histórica». Sin embargo, la gestión de la autonomía quedaría desde las primeras elecciones autonómicas de 1981 en manos de partidos de ámbito estatal de orientación conservadora, AP-PP, que adoptó en Galicia un cierto viraje regionalista y de promoción del idioma autóctono, así como un discurso de afirmación del sentimiento de identidad gallega y de fomento del folclorismo de sabor populista, cuya expresión será más adelante el discurso de la «autoidentificación» y la prosecución de una política lingüística cuyo objetivo es, en teoría, la consecución de un equilibrado bilingüismo («armónico») ¹⁴. La aprobación del Estatuto de Autonomía en 1980 y su puesta en práctica a partir de esa fecha, con la consiguiente articulación de un entramado político-institucional y la necesidad de implantar el idioma gallego en el sistema educativo, fueron factores que determinaron la relativamente rápida elaboración de una norma culta entre 1979 y 1982.

En un principio, la Xunta de Galicia creó en 1979 una Comisión de Lingüística para la elaboración de una normativa, que fue publicada en 1980 por la nueva Consellería de Educación e Cultura. En ella se proponía abrir el camino hacia la reintegración con el portugués. Sin embargo, en octubre de 1982, el ILG y la Real Academia Galega publicaron unas *Normas ortográficas e morfolóxicas do idioma gallego* con menores resabios lusistas y que apostaron decididamente por la elaboración de una lengua gallega estándar independiente

¹³ Una valoración y resumen de la andadura del ILG se puede encontrar en Alonso Montero, 1996.

¹⁴ Para las finalidades de la política lingüística de la Xunta de Galicia y la doctrina del PP en ese sentido, vid. Regueiro Tenreiro, 1996 y Fraga, 1992.

del portugués. Estas normas fueron reconocidas por la Xunta de Galicia en la Ley de Normalización Lingüística de junio de 1983, y sólo han sufrido pequeñas oscilaciones desde entonces, relativas a terminaciones, grupos de sufijos, etc.¹⁵

Con ello se oficializaba una normativa para cuya elaboración, a falta de figuras carismáticas que pudiesen generar consenso (Carballo Calero apostó por el lusismo en los últimos años de su vida), se había recurrido a la autoridad de la Real Academia Galega y de la Universidad. La norma oficial del gallego moderno busca la elaboración de una *lengua por elaboración*, equidistante de castellano y portugués, que recurre a la noción de la existencia de un gallego común y supradialectal, legitimado en parte por la tradición literaria y en parte también por la existencia de un precedente escrito común con el portugués «el gallego medieval» que permite recurrir a la fórmula del *préstamo interno* a la hora de escoger entre diversas opciones o construir neologismos, etc., depurando en lo posible el gallego coloquial de castellanismos y dialectalismos. En este sentido, la norma culta del gallego actual representa una clara opción, racionalmente definida según los criterios de la lingüística moderna (Monteagudo, 1995b).

Sin embargo, dentro de la comunidad galleguista la solución final no satisfizo a todos. Para buena parte del nacionalismo político, de las asociaciones culturales de base y su militancia, el acuerdo lingüístico representó una suerte de «golpe de mano» impuesto por la Xunta preautonómica y posteriormente por el Gobierno salido de las primeras elecciones autonómicas de 1981, de mayoría «españolista» y reaccionaria pese a su ropaje de galleguismo cultural y folclórico. La decisión de priorizar la normativa finalmente adoptada buscaría ante todo, desde esa perspectiva, «españolizar» la norma culta del gallego y alejarla del portugués para así mitigar los riesgos de separación. El objetivo de la derecha españolista sería, en todo caso, acabar a largo plazo con el idioma gallego. A pesar de que los lingüistas profesionales que elaboraron la norma eran en su mayoría de simpatías galleguistas, aunque no tan próximos a la izquierda nacionalista existente, no se pudo evitar que la política se entremezclase irremisiblemente con la cuestión normativa¹⁶.

¹⁵ Vid. entre otros, Kabatek, 1994, 173-74; Monteagudo, 1995b. Con todo, la norma sigue siendo aún relativamente móvil y permite una cierta riqueza de opciones, lo que también ha contribuido a que desde el campo nacionalista se critique con frecuencia su juzgada incoherencia, y por lo tanto sólo relativa legitimidad; vid., por ejemplo, «A norma móbil», *A Nosa Terra*, n. 747. 10-10-1996, p. 21, o García Negro, 1993, 65.

¹⁶ Lo que reconocía sin más en una reciente entrevista el director del ILG, Antón Santamarina: vid., *A Nosa Terra*, n. 732. 27-6-1996, p. 9.

Entre los sectores del nacionalismo gallego que rechazaron la norma oficial de 1982-83 se cuentan varias opciones, reducibles básicamente a dos. La primera es la reintegracionista o lusista, que cuenta con algunos precedentes en propuestas aisladas del galleguismo de anteguerra, y que tiene una articulación organizativa en la *Associaçom Galega da Língua* (AGAL) fundada en 1980 con el apoyo de varias personalidades culturales y universitarias, sobre todo de Carballo Calero. Existen asimismo otros grupos menores, como las llamadas *Irmandades da Fala* y asociaciones reintegracionistas muy activas en varias ciudades y villas de Galicia, que en mayo de 1996 se unificaron en un *Movimento em Defesa da Língua*. A su vez, dentro del mundo reintegracionista se proponen varias opciones, desde la adopción sin más de las normas del Acuerdo Ortográfico de Río de Janeiro (1986) y Lisboa (1990), es decir, de la *koiné* lusa que supera las variedades portuguesa, brasileña y africanas, hasta la normativa propia elaborada por AGAL en 1983, que introduce varios grafemas del portugués pero mantiene terminaciones y rasgos diferentes para el gallego, en su mayoría adaptados de los textos medievales. Una segunda opción es la reintegracionista moderada o «de mínimos», con un precedente en las normas iniciales propuestas por la Xunta en 1980 y también por las elaboradas ese mismo año por la organización cercana al nacionalismo de izquierda fundada en 1978 *Asociación Socio-Pedagógica Galega* (ASPG). En esta última, aún manteniendo los grafemas del gallego comunes con el castellano y diferenciados del portugués (ll por lh, ñ por nh, la x frente a g, j y x, etc.), se propone una acentuación diferente, así como diversas variaciones léxicas y morfológicas. La variante «de mínimos» es la preferida por buena parte del nacionalismo político desde los años 80, tanto por los diversos partidos políticos existentes desde entonces, y hoy en día por el BNG, como por algunos de los más dinámicos movimientos sociales en defensa de la normalización lingüística, sobre todo la MNL. Su carácter intermedio lleva asimismo a que sus defensores se autopropongan como la normativa posible de consenso.

El apoyo institucional a través de subvenciones, publicaciones oficiales, uso institucional y en los medios de comunicación (Radio y Televisión autonómicas emitiendo desde 1985 exclusivamente en gallego oficial), así como su introducción en el sistema educativo, ha contribuido desde su puesta en circulación a un uso cada vez más generalizado de la normativa oficial. Lo que también se ha transmitido a la mayoría de los sectores de la sociedad civil plenamente «normalizados» lingüísticamente (editoriales, las no muchas empresas que utilizan el gallego en su documentación escrita, etc.). Sin embargo, el debate continúa: las organizaciones nacionalistas siguen utilizando de forma preferente la normativa de mínimos, y en el caso de los grupos más radicales o bien se adop-

ta la variante más lusista, o bien se «tensiona» la normativa de mínimos lo más posible y en proporciones variables ¹⁷. Y muchos docentes de gallego imparten en las aulas una normativa diferente a la oficial, haciendo un uso generoso de la libertad de cátedra. El principal semanario escrito en gallego y con unos 6-7.000 ejemplares de venta regular, *A Nosa Terra*, continuador del histórico órgano portavoz de las *Irmandades da Fala* y del PG y hoy en día muy vinculado al BNG, adopta la normativa de mínimos, pero admite también colaboraciones en gallego lusista y, en menor medida, en normativa oficial. Y el BNG deja libertad de opciones lingüísticas a sus militantes, si bien la mayoría de sus comunicaciones oficiales son redactadas siguiendo las normas de mínimos. En el programa político de la organización, pese a no extenderse demasiado en este asunto (sin duda por considerarlo fuente de desavenencias internas entre su militancia), figura el objetivo de elaborar una nueva normativa de consenso, y decretar entre tanto la libertad de normativas en el caso de acceder al poder. Lo que también es defendido por los líderes e intelectuales de la organización, que sin embargo consideran como primera tarea urgente la conquista de nuevos espacios sociales y de relación para el idioma gallego. El propósito explícito del BNG es articular una política de normalización lingüística diferente que supere las contradicciones y falta de voluntad demostrada por el PP (BNG, 1995: 8).

El análisis sociolingüístico más o menos *orgánico* del nacionalismo actual, que en buena parte es deudor de las posturas de la UPG, se sintetiza en situar como prioridad absoluta la normalización social del idioma con anterioridad a su estandarización. Dado que el gallego es un idioma en situación difícil, en relación con la situación de dependencia política y explotación económica a que es sometida Galicia por parte de España, fijar normas excesivamente rígidas para su estandarización carecería de sentido, ya que sólo mediante su total extensión social y diversificación de usos podría producirse una progresiva «modernización, actualización, fijación, reducción de redundancias, unidad supradialectal». En esa situación, la normativa debería estar abierta a mejoras y adaptaciones precisas, y respetar asimismo que existan variantes mientras el gallego no sea un idioma totalmente normalizado socialmente. El problema principal, según la diputada autonómica del BNG Pilar García Negro, es la sujeción *colonial* respecto al Estado y el carácter de las leyes españolas, especialmente de la Constitución de 1978, que otorga preeminencia al castellano. Por lo tanto, las medidas

¹⁷ Por poner un ejemplo: los escritos de buena parte de las organizaciones de estudiantes nacionalistas, de las juventudes del BNG o de la línea «vanguardista», revolucionaria y más decididamente independentista del BNG, «Primeira Liña», cuyo órgano oficial, *Abrente*, es un claro ejemplo de diferencialismo politizado.

necesarias pasarán por el cambio del marco legal español y gallego, la lucha contra las variables política y económica de la situación colonial de Galicia, y la consideración de la superioridad de los derechos colectivos del pueblo gallego sobre los derechos individuales, ya que el idioma es en sí un acto colectivo (García Negro, 1989, 1993: 44-45). Y aunque se postula como ideal la reintegración del gallego al sistema lingüístico portugués, ésta habrá de llevarse a cabo respetando las peculiaridades y personalidad propia de aquél, en el plano léxico, morfológico y ortográfico. En esta posición coinciden tanto el BNG como la ASPG, y ha sido elaborada sobre todo por los líderes de la UPG Pilar García Negro y el hoy diputado en Madrid Francisco Rodríguez, para quien la diglosia en favor del castellano es una consecuencia del bilingüismo forzado y de la alienación de la burguesía y clases medias gallegas, convertidas en agentes transmisores de la opresión colonial del Estado español (Rodríguez, 1991).

No existe, sin embargo, una clara linealidad en este esquema. Actitudes idiomáticas respecto a la normativa y radicalidad política en la afirmación nacionalista en absoluto se corresponden miméticamente, pero sí existe una práctica unanimidad en lo que se refiere a las posiciones críticas frente a la política de normalización lingüística aplicada por la Xunta de Galicia. Ciertamente es que en las filas de los intelectuales y políticos ligados al PP, al PSOE o a la vertiente autónoma gallega de Izquierda Unida (*Esquerda Unida-Esquerda Galega*) el disenso respecto de la normativa oficial es mínimo, lo que también tiene que ver con el más bien escaso interés por este tema entre sus cuadros más destacados, más allá del uso litúrgico y las afirmaciones retóricas. Dentro del campo específicamente nacionalista, las posturas son extremadamente variadas. La organización independentista y aliada de Herri Batasuna a nivel estatal, la *Frente Popular Galega* (FPG) no adopta oficialmente la normativa reintegracionista, sino que prefiere la oficial, al igual que varios intelectuales y activistas políticos vinculados a esa corriente, como el escritor Xosé Luis Méndez Ferrín, quien se cuenta entre los más radicales detractores del lusismo por considerarlo desviacionista y obstruccionista del verdadero objetivo, que no ha de ser otro que obtener la soberanía política del país y la plena normalización social del idioma¹⁸. Por el contrario, AGAL ha contado entre sus líderes más destacados con dirigentes del partido galleguista moderado Coalición Galega surgido en 1984, en buena parte, de los restos de la UCD galaica. Dentro de los heterogéneos colec-

¹⁸ Vid. Salgado/Casado, 1990, 284-90. Para este intelectual, como para la mayoría de los pensadores nacionalistas de preguerra, se debería avanzar hacia una unificación ortográfica con el portugués sólo cuando se hubiese cumplido el primer objetivo: la regeneración y normalización social del idioma gallego, para lo que se considera que es imprescindible la toma de conciencia nacional de la población.

tivos políticos que integran el BNG las posturas son muy variadas, hasta el extremo de que prácticamente hay que descender al nivel individual para discernir actitudes. Y así sucesivamente. Aunque no han faltado llamamientos a la concordia y a la elaboración de una normativa de consenso que ponga fin al desacuerdo y permita centrar energías en la tarea de normalización, dejando una revisión ortográfica futura de acercamiento al portugués para el momento en que la situación sociolingüística sea óptima, el silencio escéptico de la Real Academia Galega y del ILG por un lado, y la intransigencia de los reintegracionistas por otro, han dificultado que cristalicen¹⁹. En parte porque se trata de dos filosofías lingüísticas excluyentes: unos desean elaborar una norma para una lengua con personalidad propia, y otros el hacerla forma dialectal del portugués.

Para los reintegracionistas, sólo un acercamiento del gallego al portugués lo salvará de una situación de persistente menosprecio social y elevará su valoración subjetiva por parte de los hablantes: dado que lo que cuenta es alfabetizar a las nuevas generaciones, en parte castellanizadas, la idea de similaridad o proximidad al «gallego común» pierde para los reintegracionistas todo valor. Por el contrario, mantener una norma independiente del idioma gallego conlleva a medio plazo su minorización y su marginación social, y constituye una sutil estrategia encubierta para acabar con el gallego por parte de intelectuales más o menos acomodaticios con la Xunta del PP o España, según se mire. Aunque se comparte plenamente la concepción de Galicia como *colonia interior* de España, siendo la lingüística una consecuencia de la dominación política y la explotación económica, para los lusistas la estandarización previa constituye la única garantía de salvación para el gallego, y facilitará su normalización social. Normalización que supondrá entonces una desespañolización simbólica de Galicia²⁰. En ningún caso, prácticamente, la identificación ortográfica entre gallego y portugués ha sido considerada por sus defensores como una negación del carácter nacional de Galicia y su integración en una suerte de comunidad nacional luso-hablante, como no han dejado de promulgar sus teóricos. Para R. López-Suevos, por ejemplo, el acercamiento lingüístico no suponía que Galicia entrase a formar

¹⁹ Vid., por ejemplo, X. R. Freixeiro Mato, «A voltas coa norma lingüística na procura dun necesario pulo normalizador», *A Nosa Terra*, n. 796, 28-12-1995, 26-27. Organizaciones como la MNL también han avanzado propuestas en este sentido.

²⁰ El argumento ha sido machaconamente repetido desde los años 80 (López Suevos, 1983): la ortografía es un arma de combate contra la *colonización*. Así lo expresaba recientemente, de modo diáfano, la presidenta de AGAL, la filóloga M.ª do Carmo Henriques: «A política da Xunta é de eliminación do galego, através de asimilalo o máximo posíbel ao español. Pero unha política lingüística sempre estará chamada ao fracaso se non encaixan ben as pezas e se afirma que o corpus do galego é o galego-portugués e non o galego-español. É galego-portugués é escribir con *nh* e non con *ñ*, porque o *ñ* é unha letra emblemática do español» (*A Nosa Terra*, n. 752, 14-11-1996, p. 25).

parte de la nación portuguesa, ni mucho menos que los gallegos pasasen a ser considerados portugueses, sino que lo que se propugna es un esquema semejante al flamenco-holandés: un único estándar lingüístico (neerlandés), pero dos naciones separadas (López-Suevos 1983, 1987).

Para los partidarios de una norma independiente, el debate es, en principio, otro: urge aprovechar las posibilidades de una normativización ya desarrollada y los resultados de su puesta en práctica en el sistema educativo y de su institucionalización durante los últimos 16 años, conseguir primero la normalización idiomática y, en un segundo estadio, discutir una posible aproximación ortográfica al portugués. Implantar inmediatamente una normativa lusista supondría desandar lo andado y lo no demasiado avanzado en la etapa autonómica, despreciar toda la tradición escrita en gallego desde el *Rexurdimento* del siglo XIX y correr el riesgo de que los hablantes no se identifiquen con la norma escrita, creando una nueva diglosia entre gallego (forma dialectal) y norma culta del portugués. Ambos idiomas estarían separados por un abismo fonológico que haría imposible su reunión (Fernández Rei, 1991: 39). Ya que, además, pese a la corriente de simpatía intelectual entre el galleguismo y buena parte del mundo cultural portugués desde comienzos de este siglo, ni existe en la población gallega una lusofilia considerable ni en la opinión pública, medios políticos e institucionales portugueses se tiene la suficiente información e interés acerca de la realidad gallega. Para la mayoría de los portugueses, incluida buena parte de su intelectualidad, Galicia es una referencia histórica y literaria del pasado, pero ningún proyecto de futuro, todo lo contrario que para los galleguistas, para quienes Portugal supone ante todo una apuesta de futuro (Vázquez Cuesta, 1995).

Podemos concluir que en la situación actual, nacionalismo lingüístico y nacionalismo político no discurren en Galicia por vías paralelas, al modo de la ya clásica tesis de Hutchinson acerca de la existencia prácticamente independiente de una dinámica de nacionalismo cultural (Hutchinson, 1989). Por el contrario, la relación entre ambos sigue siendo muy estrecha. En nuestra opinión, las razones del aparente «caos» no sólo son una herencia del pasado, sino que se retrotraen también a dos factores interrelacionados:

1. La relación entre cultura política del nacionalismo gallego y el idioma. Aspecto éste sobre el que apenas contamos con estudios empíricos desde la sociología o la sociolingüística, por lo que nos expondremos a sugerir algunas hipótesis nacidas de la observación directa.

La militancia nacionalista gallega desde los años 60 se ha reclutado, básicamente, entre las clases medias, funcionariado y sector servicios, con una cierta proporción de obreros urbanos y otra, mucho menor, de campesinos (Bera-

mendi/Núñez, 1996: 281-87). En buena parte, podemos aventurar que se ha tratado sobre todo de hijos de campesinos socializados en un ambiente semiurbano o urbano, y que a través de la percepción del choque de culturas entre campo y ciudad han llegado a la concienciación y politización de su propia etnicidad. No sabemos si la mayoría de los militantes nacionalistas ha tenido el gallego como lengua materna, si ha tenido indistintamente el gallego o el castellano, o si corresponden al modelo de hijos y nietos de gallegohablantes educados conscientemente en castellano por sus padres siguiendo en esto un patrón habitual en las ciudades, ante la minusvaloración social todavía hoy persistente del idioma gallego en buena parte de la sociedad gallega. Pero podemos suponer hipotéticamente en base a los escasos datos disponibles que buena parte de ellos responden a este último patrón. La adopción del gallego como idioma aprendido es relativamente fácil: no sólo porque se parte de una lengua románica similar y con estructuras básicamente coincidentes, como el castellano y más su versión dialectal hablada en Galicia ²¹, sino también porque incluso en los ambientes más urbanos el gallego es una realidad presente en la vida cotidiana, en la calle y en el mercado. La adquisición del idioma se produce así fundamentalmente de modo consciente, a través de la valoración política de su trascendencia como medio de salvaguardar la personalidad diferenciada de Galicia, y como parte de un proceso más amplio de participación en un movimiento sociopolítico como es el nacionalismo: la militancia en asociaciones estudiantiles, grupos culturales, sindicatos, etc. En definitiva, la movilización idiomática es parte integrante de la identidad política. Sin ésta, cierto es que los jóvenes castellano-hablantes llegan a poder hablar gallego con soltura, es decir, a adquirir competencia lingüística gracias a la escuela, medios de comunicación y la vida cotidiana. Pero no adoptarán un patrón de monolingüismo que contemple la defensa consciente del idioma como parte de su identidad política, colectiva y de grupo ²².

La identificación subjetiva entre militancia política e idiomática es amplia: no se trata sólo de demostrar una identificación con el idioma, aunque no se hable, como han señalado diversos autores para el caso del nacionalismo

²¹ A este respecto, se ha señalado que en el vocabulario fundamental del gallego, compuesto por 2.200 palabras, un 40% de las entradas son idénticas al castellano en forma y significado, un 30% son deducibles por una sencilla transformación fonológica, un 20% son completamente diferentes tanto formal como semánticamente, y un 10% son de forma igual pero significado diferente. Cit. en Salgado, 1994, 393.

²² Sobre la construcción de las identidades políticas y de culturas políticas en general, y el papel que en ellas juegan códigos simbólicos y culturales, la bibliografía es amplia. Vid., una aproximación sintética en Máiz, 1995.

vasco ²³. En el caso gallego, se trata en primer lugar de hablarlo, y además hablarlo siempre en toda circunstancia y con la mayor corrección posible. Y, sobre todo al escribirlo, el diferencialismo es señal para muchos del buen patriota. Entre militantes nacionalistas universitarios de hoy en día, que en su mayoría han sido educados en el gallego de la normativa oficial, aceptarla acríticamente supone sin más aceptar la «norma del PP», y por lo tanto urge demostrar un grado más de nacionalismo adoptando las variantes de mínimos o, en el caso de los sectores más radicales, por ejemplo, *Estudantes Independentistas*, la *Assembleia da Mocidade Independentista* o en su día el grupo terrorista *Exército Guerrilheiro do Povo Galego Ceive* las normas más aproximadas al portugués. Este comportamiento politiza la conciencia lingüística y la convierte en arma arrojadiza hacia el interior de la comunidad galleguista, aunque hacia el exterior se mantenga una actitud de defensa del gallego y su normalización social frente a los adversarios. Esta politización y, a veces, sectarización del idioma es lo que en buena parte, y sobre todo para los reintegracionistas, lleva también a hacer depender la normalización de la normativización previa.

2. Si el proceso de conversión lingüística de neohablantes urbanos a través de la adopción del gallego contribuye no poco a esa politización del debate sobre el idioma, la relativa debilidad del nacionalismo gallego hoy en día la agudiza. Lo que provoca también la tendencia a la radicalización, a la «ghettización» en posiciones idealistas pero absurdas y al tiempo la persistencia de una considerable distancia entre el «gallego común», hablado e identificado como tal por la mayoría de la población, y el gallego elaborado, culto o universitario. Ciertamente es que la idea de gallego común, aunque difusa, es compartida por una gran parte de la población, y que ese gallego común funciona asimismo en la práctica como código supradialectal, cuando menos en el nivel oral ²⁴. Y cierto es también que la distancia entre la normativa y «lo que habla la gente» no es tan grande que lleve a la población a no identificarse con el estándar lingüístico, como muestran las encuestas existentes sobre el mucho más problemático caso del asturiano (Llera, 1994). Por el contrario, hay también en la sociedad gallega una conciencia, diluida pero cierta, de que existe un «buen gallego», que cuenta con una literatura de prestigio y obras de referencia. Pero las disputas alrededor de la normativización se antojan a buena parte de los hablantes «de la calle» incom-

²³ Vid., por ejemplo, Jáuregui, 1996, 126-28, Tejerina Montaña, 1992, o Ramírez Goicoechea, 1991, 136-38.

²⁴ Esta es una de las lecturas posibles del interesante estudio de Kabatek, 1996a, en el que se puede apreciar cómo jóvenes mayormente nacionalistas que hablan gallego normalizado tienen a veces que adaptar sus giros, expresiones y léxico a los del gallego «común» o popular a la hora de comunicarse fuera de la comunidad galleguista.

prensibles, y sólo parecen cobrar sentido e importancia dentro de la comunidad galleguista.

Para finalizar, hay que hacer mención de que, aunque las encuestas sobre la lengua inicial y usos lingüísticos de los gallegos muestran un descenso paulatino entre las generaciones más jóvenes, sobre todo en el medio urbano, los informes acerca de las actitudes lingüísticas de los gallegos matizan en mucho el pesimismo tendencial que transpiraban aquéllas. La mayoría de los gallegos estaría a favor de una política de normalización lingüística más decidida, y se muestra más favorable a una mayor introducción y generalización del idioma gallego en la enseñanza, los medios de comunicación y la vida social de lo que en principio se pensaba (RAG, 1996; Bouza, 1997). Incluso, un estudio reciente del *Consello da Cultura Galega* muestra que la mayoría de la población gallega acoge favorablemente la publicidad y etiquetado de productos comerciales en su lengua, lo que contrasta con la escasa voluntad normalizadora de las empresas gallegas y la ausencia de iniciativas de promoción en ese sentido por parte del Gobierno autónomo (Ramallo/Rei Doval, 1995). Quizás no existe un estadio de movilización activa y decidida a favor de la normalización plena del idioma gallego. Pero tampoco existe oposición destacable y pública: de hecho, la fantasmagórica *Asociación Gallega para la Libertad del Idioma* (AGLI), que reúne a los sectores más descontentos con la política lingüística de la Xunta de Galicia, no pasa de tener una influencia muy reducida, circunscrible a algunos núcleos urbanos (sobre todo, A Coruña) y sin apoyos intelectuales o políticos, al menos explícitos, fuera de la extrema derecha o sectores muy recalcitrantes del PP y del PSOE²⁵. Incluso, un líder político que ha hecho del antigalleguismo su bandera personal con el fin de atraer votos conservadores, como el alcalde coruñés y secretario general del PSOE gallego Francisco Vázquez, se ve obligado a matizar mucho su discurso a la hora de dirigirse al conjunto de Galicia. Tal vez el Gobierno autónomo del PP infravalora los resultados de las encuestas y prefiere adormecer la política de normalización, para así evitar que una parte de su base social urbana se sienta agredida, y también para no alentar una dinámica de reforzamiento social de la identidad gallega que a largo plazo vaya contra sus intereses político-electorales. O quizás se puede imaginar un escenario alternativo en el que el BNG llegue al poder con votos útiles de electorado urbano castellano-hablante no muy nacionalista, y que se encuentre después con la oposición

²⁵ A pesar de que las teorías de algunos de sus inspiradores, como el profesor de BUP orensano M. Jardón, hayan gozado de una sorprendente publicidad en una editorial de prestigio científico. Una simple ojeada muestra la naturaleza profundamente conservadora, y en algunas manifestaciones nostálgica del Franquismo, de sus teorías, aunque hábilmente camufladas bajo una bandera respetable (la defensa de los derechos individuales). Vid. Jardón, 1993.

social de sus propios votantes a la hora de aplicar un programa decidido de normalización lingüística.

Todo esto dibuja un panorama incierto hacia el futuro. Tal vez menos pesimista desde el punto de vista sociolingüístico que el señalado por los portavoces nacionalistas, ya que en este aspecto el optimismo de la población gallega parece ser mayor, como muestran algunos estudios recientes según los cuales, además, la mayoría de la población, y particularmente la más joven, mantiene una valoración bastante positiva del idioma gallego, aunque no haya sido su lengua inicial (RAG 1996). Y porque el aumento de la comunicación social que han conllevado los cambios acaecidos en la estructura social, política e institucional del país en los últimos veinte años ha contribuido, paradójicamente, a dotar de más contenido y sentido a una identidad colectiva gallega y supralocal (Cabrera, 1994). Existe la probabilidad de que el nacionalismo gallego del siglo XXI corra el riesgo de convertirse en un movimiento votado y apoyado por neoconvertos al idioma gallego de lengua inicial castellana y residentes en zonas urbanas. Pero, dado que se trata de un idioma latino y de fácil adquisición para un castellano-hablante, todo sigue siendo posible. Incluso que nuevas generaciones, imbuidas de nacionalismo, recuperen conscientemente el idioma que sus abuelos quisieron abandonar. Lo que cuenta es la motivación.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO MONTERO, X.: *Informe —dramático— sobre la lengua gallega*, Madrid: Akal, 1973.
- *Informe(s) sobre a lingua galega (presente e pasado)*, Vilaboa: Edicións do Cumio, 1991.
- «Instituto da Lingua Galega. 25 anos a contragolpe», *Galicia Internacional*, n. 11, 70-74, 1996.
- BERAMENDI, J. G.: «Prensa y galleguismo en Galicia durante la II República», en J. L. de la Granja, C. Garitaonandía y S. de Pablo (eds.), *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil*, Bilbao: UPV/EHU, vol. 2, 145-65, 1990.
- BERAMENDI, J. G., y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *O nacionalismo galego*, Vigo: Edicións A Nosa Terra (2.ª edición), 1996.
- BLOQUE NACIONALISTA GALEGO [BNG]: *VII Asemblea Nacional. Ponencia política*, s.l.: s. ed., 1995.
- BOUZA, F.: «Galicia, a mirada interior», *Tempos Novos*, n. 1, maio, 19-30, 1997.

- CABRERA, M.^a D.: «A empresa editorial e o mundo do libro», en VV.AA., *Informe da comunicación en Galicia*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 11-31, 1994.
- CABRERA, X.: *La nación como discurso. El caso gallego*, Madrid: CIS/Siglo XXI, 1992.
- «Precondiciones sociales de la identidad colectiva en Galicia», *Historia y Crítica*, 4, 209-38, 1994.
- FERNÁNDEZ DEL RIEGO, F.: *A xeración Galaxia*, Vigo: Galaxia, 1996.
- FERNÁNDEZ REI, F.: «Nacionalismo e dignificación da lingua galega no periodo 1972-1980», *A Trabe de Ouro*, 1:1, 43-71, 1990.
- «A questione della lingua galega», *A Trabe de Ouro*, 5, 29-40, 1991.
- FRAGA, M.: *Da acción ó pensamento*, Vigo: Ir Indo, 1992.
- FRAILE, A.: «El nacionalismo gallego y la normalización lingüística: Discurso y actitudes a través de la prensa gallega (1987-1993)», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, vol. 13-14, 119-28, 1995/96.
- FRANCO GRANDE, X. L.: *Os anos escuros. A resistencia cultural da xeración da noite (1954-1960)*, Vigo: Edicións Xerais, 1985.
- FREIXEIRO MATO, X. R.: «Os intentos da Académia por elaborar gramática e normas ortográficas do galego a partir de 1960», *A Nosa Terra*, n. 600, 16-12-1993, 36-37, 1993.
- GARCÍA FERRANDO, M.; LÓPEZ-ARANGUREN, E., y BELTRÁN, M.: *La conciencia nacional y regional en la España de las autonomías*, Madrid: CIS, 1994.
- GARCÍA NEGRO, P.: «O noso idioma, problema central e problemas laterais», en AGAL (ed.), *II Congreso Internacional da Lingua Galego-Portuguesa na Galiza (1987)*, A Coruña: AGAL, 215-19, 1989.
- *Sempre en galego*, Santiago de Compostela: Laivento, 1993.
- GONZÁLEZ-MILLÁN, X.: *Literatura e sociedade en Galicia (1975-1990)*, Vigo: Edicións Xerais, 1994.
- HENDERSON, T.: «Language and Identity in Galicia: The Current Orthographic Debate», en C. Mar-Molinero y A. Smith (eds.), *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula*, Oxford/Washington D.C.: Berg, 237-51, 1996.
- HERMIDA, C.: *Os precursores da normalización. Defensa e reivindicación da lingua no Rexurdimento (1840-1891)*, Vigo: Edicións Xerais, 1992.
- «Contribución á historia do galego nos medios de comunicación. A prensa do século XIX», *A Trabe de Ouro*, 20, 71-83, 1994.
- HUTCHINSON, J.: *The Dynamics of Cultural Nationalism. The Gaelic Revival and the Creation of the Irish Nation State*, Londres: Allen y Unwin, 1988.
- JARDÓN, M.: *La «normalización lingüística», una anomalía democrática*, Madrid: Siglo XXI, 1993.

- JÁUREGUI, G.: *Entre la frustración y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio*, Barcelona: Ariel, 1996.
- KABATEK, J.: «Galego escrito e lingua común na segunda metade do século xx», *Grial*, XXXII: 122, 157-79, 1994.
- *Die Sprecher als Linguisten. Interferenz- und Sprachwandelphänomene dargestellt am Galicischen der Gegenwart*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1996a.
- «A diferenciación diafásica do galego actual», comunicación presentada al Congreso Internacional *A Lingua Galega: Historia e Actualidade*, Santiago de Compostela, setembro de 1996 (mimeo), 1996b.
- LÓPEZ, X.: *A prensa local e comarcal en Galicia*, Santiago de Compostela: Lea, 1992.
- LÓPEZ SUEVOS, R.: *Dialéctica do desenvolvemento. Língua, naçom e classes sociais*, A Coruña: AGAL, 1983.
- *Portugal no quadro peninsular*, A Coruña: AGAL, 1987.
- LLERA RAMO, F. J.: *Los asturianos y la lengua asturiana. Estudio sociolingüístico para Asturias*. 1991, Oviedo: Conseyería d'Educación, cultura, deportes y xuventú, 1994.
- MÁIZ, R.: «La construcción de las identidades políticas», *Inguruak. Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política*, 13, 9-23, 1995.
- MONTEAGUDO, H.: «As ideas lingüísticas de Castelao», en A. R. Castelao, *Sempre en Galiza. Edición crítica*, ed. coordinada por R. Máiz, Santiago de Compostela: USC/Parlamento de Galicia, 145-75, 1992.
- «Ideas e debates sobre a lingua. Alfonso R. Castelao e a tradición galeguista», tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 1995a.
- «Sobre a polémica da normativa do galego», en id. (ed.), *Estudios de sociolingüística galega. Sobre a norma do galego culto*, Vigo: Galaxia, 197-229, 1995b.
- MONTEAGUDO, H., y FERNÁNDEZ SALGADO, B.: «Do galego literario ó galego común. O proceso de estandarización na época contemporánea», en Monteagudo (ed.), *Estudios de sociolingüística galega*, 99-176, 1995.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Portugal e o galeguismo até 1936. Algumas Considerações Históricas», *Penélope*, 11, 67-81, 1993.
- «Galeguismo e cultura durante o primeiro Franquismo (1939-1960): unha interpretación (I)», *A Trabe de Ouro*, n. 19, 99-117, 1994a.
- «Galeguismo e cultura durante o primeiro Franquismo (1939-1960): unha interpretación (e II)», *A Trabe de Ouro*, n. 20, 85-103, 1994b.
- PIÑEIRO, R.: *Olladas no futuro*, Vigo: Galaxia, 1974.
- RAMALLO, F., y REI DOVAL, G.: *Publicidade e lingua galega: os consumidores ante o uso do galego na comunicación publicitaria e nas relacións comerciais*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 1995.

- RAMÍREZ GOICOECHEA, E.: *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la identidad en Euskadi*, Madrid: CIS/Siglo XXI, 1991.
- REAL ACADEMIA GALEGA [RAG]: *Lingua inicial e competencia lingüística en Galicia*, s.l.: Real Academia Galega, 1994.
- *Usos lingüísticos en Galicia*, s.l.: Real Academia Galega, 1995.
- *Actitudes lingüísticas en Galicia*, s.l.: Real Academia Galega, 1996.
- REGUEIRO TENREIRO, M.: *Promoción lingüística en Galicia*, s.l.: s. ed. [Xunta de Galicia], 1996.
- RODRÍGUEZ, F.: *Conflito lingüístico e ideoloxía na Galiza*, Santiago de Compostela: Laivento [1.ª ed. 1976], 1991.
- RODRÍGUEZ, F., y LÓPEZ SUEVOS, R.: *Problemática nacional e colonialismo. O caso galego*, Monforte de Lemos: Xistral, 1978.
- RODRÍGUEZ FER, C.: *A literatura galega durante a Guerra Civil (1936-1939)*, Vigo: Edicións Xerais, 1994.
- SABUCEDO, X. M.; ARCE, C., y RODRÍGUEZ, M.: *Xuventude e política en Galicia*, Santiago de Compostela: USC, 1992.
- SALGADO, B. F.: «Sobre a semántica da estandarización», *A Trabe de Ouro*, 19, 79-88, 1994.
- SALGADO, X. M. y CASADO, X. M.: *X. L. Méndez Ferrín*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, 1989.
- SANTAMARINA, A.: «¿U-los galeguistas? De estatísticas e do porvir da lingua», *A Trabe de Ouro*, 22, 91-95, 1995.
- SANTAMARINA, A., y FERNÁNDEZ REI, F.: «Dinamismo económico e identidade en Galicia», *A Trabe de Ouro*, 9, 21-33, 1992.
- TARRÍO VARELA, A.: *Literatura galega. Aportacións a unha historia crítica*, Vigo: Edicións Xerais, 1995.
- TEJERINA MONTAÑA, B.: *Nacionalismo y lengua*, Madrid: CIS/Siglo XXI, 1992.
- TORRES, E. (1995), «A Galiza em Portugal, Portugal na Galiza através das revistas literárias (1900-1936)», Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 1995.
- VALCÁRCEL, M.: «As revistas en galego (1975-1991). A difícil supervivencia», en VV.AA., *Informe da comunicación*, 145-69, 1994.
- VÁZQUEZ CUESTA, P.: «Portugal-Galicia, Galicia-Portugal: un diálogo asimétrico», *Colóquio-Letras*, 137-38, 5-21, 1995.